

# RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ

Precio de suscripción.  
Cada 5 números quincenales,  
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
San Bernardo, núm. 131, 3.º  
GIJÓN

## SIGÁMOSLE

(Continuación)

Un año había transcurrido del día de los esponsales: Anthea continuaba siendo para Cinna objeto de respetuoso culto, alma de su alma, encarnación del amor, de la sabiduría, de la luz...

Pero esta felicidad inmensa como el mar debía como el mar ser tornadiza y engañadora.

Al morir aquel primer año, Anthea fué presa de misteriosa enfermedad. Sus sueños proféticos trocaron en visiones horribles capaces de causarle la muerte. Su rostro palideció hasta adquirir la transparencia del nácar; sus manos llegaron a ser diáfanos y sus hermosos ojos se hundieron profundamente. El lotos rosado se volvía blanco, blanco como la faz de los muertos. Repetidas veces vió a los buitres revolotear por encima el palacio de Cinna. La presencia de tales aves era tenida en Egipto como augurio de muerte.

A Anthea sus visiones la aterrorizaban. Cuando al mediodía el sol inundaba la tierra de luz blanca y de calor vivificante; cuando, de noche, la ciudad dormía envuelta en silencio, imaginaba oír los precipitados pasos de invisible cortejo y ver surgir de las insondables profundidades de la atmósfera una faz cadavérica que clavaba en ella sus ojos brillantes.

¡Ah! ¡aquellos ojos la miraban implacables, cual si anhelaran fascinarla, arrastrarla a tinieblas misteriosas, terribles!

Y el cuerpo de Anthea temblaba de fiebre: su frente pálida, lívida, bañábase de sudor helado; entonces cual niño aterrorizado, perdidas las fuerzas y buscando un apoyo, dejábase caer en los brazos de Cinna gritando:

—¡Socorro!

—¡Socorro! repetían sus labios amoratados. ¡Socorro! ¡Cayo! ¡Defiéndeme!

Y Cayo hubiera atacado a cuantos espectros engendrara Perséphone...

Pero en vano clavaba su mirada escrutadora en el espacio o en las tinieblas: nada veía. A su alrededor reinaba

la majestuosa calma del desierto: los deslumbrantes rayos del sol bañaban la ciudad: el azul del mar vibraba al beso de la luz, interrumpiendo el silencio el acompasado volar de los buitres que se cernían sobre el palacio.

Las visiones hicieronse más frecuentes hasta llegar a ser cotidianas. En todas partes, en el campo, en el atrio del palacio, en las habitaciones más recónditas, en todas partes, asaltaban a Anthea.

Cinna consultó a los médicos: mandó llamar a las tañedoras de la *sambuca* egipcia; a los sacerdotes maestros en el arte de tocar la flauta de arcilla, esperando que el ruido infernal de aquella música salvaje ahogaría el misterioso rumor de los seres invisibles.

¡Vana esperanza! Anthea lo percibía a pesar de las notas estridentes, del más desenfrenado concierto. Y cada día cuando el sol llegaba a lo más alto de su carrera, a la hora en que la sombra queda en torno de los pies del hombre, cual túnica caída de los hombros, en el aire ardiente y palpitante surgía de súbito la faz cadavérica... inmóvil, clavando en Anthea sus ojos brillantes; después retrocedía lentamente, y su expresión horrible parecía repetir: «¡Ven! ¡ven!».

A veces la enferma creía que el espectro agitaba los labios, otras veces veíale vomitar sobre ella inmundos necróforos...

Al solo recuerdo de tales visiones los ojos de Anthea se llenaban de terror.

Pronto la vida hubo de resultarle carga tan penosa que rogaba a Cinna le permitiera tomar un veneno, o le clavara en el pecho su afilado gladio.

¡Bien sabía Cinna que jamás podría resolverse a ello!

Por Anthea diera su sangre, toda su sangre... Por ella con aquel mismo gladio abríase las venas una a una... ¡Matar a Anthea! ¡Ver muerta aquella cabeza adorada, cerrados los párpados, inmóviles, fríos! ¡Ver aquel cuello herido, sangriento!... ¡Ah! ¡para resol-

verse a tanto precisaba primero enloquecer!...

Un día un médico griego dijo a Cinna:

—La que se aparece a tu joven esposa es Hécate. Los seres invisibles que la torturan con misteriosos rumores son espíritus malignos enviados por la diosa cruel.

Y añadió:

—La enferma no tiene remedio; ha visto a Hécate y debe morir.

Cinna, que la víspera se hubiera burlado de Hécate y de sus espíritus malignos si alguien se los mentara, aquella misma noche mandó ofrecer espléndido sacrificio a la diosa.

¡Ofrenda inútil! Al mediodía siguiente el lúgubre espectro apareció de nuevo.

Cinna probó de cubrir la cabeza a Anthea: en vano, a través de las espesas telas veía la faz espectral. La encerró en obscuro aposento. En la obscuridad Anthea seguía viendo aquel rostro terrible; dibujábase en la pared, brillaba en las tinieblas con luz pálida, incierta.

Sin embargo, la enferma solía pasar las noches tranquilas. Se apoderaba de ella un sueño tan profundo que dijérase no debía despertar. Pronto fué tal su debilidad que le era imposible tenerse en pie: la llevaban en litera.

La antigua inquietud renació con mayor fuerza en el alma de Cinna. Al temor por la vida de Anthea añadíase la extraña sospecha de que aquella enfermedad se relacionaba con las divinidades de que hablara con Timón. ¿Quizás el padre de Anthea participaba de igual presentimiento? Cinna ni se atrevía a preguntárselo.

La enferma languidecía, cual flor mordida por venenoso insecto.

Cinna había perdido la esperanza. Anhelando salvar a Anthea intentó un postrer esfuerzo. La mandó trasladar a Memphis.

Pero ni los aires de Egipto ni el plácido vivir a la sombra de las Pirámides atajaron los progresos del terrible mal, y debieron regresar a Alejandría.

Cinna entonces llamó pidiéndoles remedio para Anthea a hechiceros, adivinos, inventores de extraños brevajes; a la multitud de los que fingiendo milagros explotan la humana cre-

dulidad. ¡Anhelaba un fin, y para lograrlo todos los medios le parecían buenos!

Por aquel entonces llegó a Alejandría Joseph, hijo de Khusa, célebre médico judío. Cinna apresurose a rogarle visitara a lo enferma; alentó un momento de esperanza.

El sabio no creía en dioses griegos ni romanos: desechó con desprecio la fábula de Hecate.

Su opinión era que Anthea estaba endemoniada y que le precisaba abandonar cuanto antes Egipto, pues las pútridas emanaciones del Delta le eran nocivas y aumentaban su extrema debilidad.

Joseph de Khusa era judío; indicó como sitio inmejorable a Jerusalén; ciudad, decía, cuya entrada está vedada a los diábolos, y donde se gozaba de aire puro y exento de humedad.

Cinna apresuróse a seguir el consejo, porque era lo único que no había probado y porque conocía al procónsul romano gobernador de Judea, que en aquel entonces era Poncio Pilato.

Los jóvenes esposos partieron sin demora.

Pilato los recibió con singulares muestras de alegría, y los alojó en su palacio de verano situado cabe a las murallas de Jerusalén.

Pero los días pasaban y las esperanzas de Cinna se desvanecían. El espectro que les había perseguido hasta a bordo del buque que los llevó a Judea no cejaba en su empeño.

Y estaba convencido de que en Jerusalén como en Alejandría les seguiría torturando implacable.

¡Anthea veía transcurrir los días largos, angustiosos, monótonos, sumida en el terror y la desesperación y esperando la muerte que nunca llegaba!

SIENKIEWICZ

(Continuará)

**CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO**

Otra vez María y José, se apresuran a cumplir las leyes establecidas, acatando las disposiciones que la ley de Moisés o la estatuida por los poderes humanos habían dictado para todos los súbditos.

Exenta del rito de la purificación debía de considerarse la madre de Dios; pero quiso, no obstante, dar ejemplo de sumisión a las normas establecidas acatándolas y sometiéndose a la ley general que la obligaba.

María sube las escaleras del Templo que edificó Zorobabel y se presenta al sacerdote ofreciendo a su primogénito y pidiendo su purificación.

Al tomar en sus brazos el viejo Simeón el cuerpo del niño recién nacido, el Espíritu Santo iluminó su inteligencia y le reveló la personalidad divina del niño de Nazaret, haciéndole exclamar:

«...Señor, deja ya morir a tu siervo, porque mis ojos han visto la luz... gloria del pueblo de Israel.»

Otra lección extraordinaria recibimos de la familia sagrada de Nazaret, sometién-dose a las leyes establecidas.

Fáciles somos a la protesta, a la des-obediencia, a la negativa de todo cuanto sea obligación que cumplir. Nos molesta la sujeción a cualquier norma que se establezca y la crítica malévolas se nos escapa fácilmente y la censura maliciosa, sin fundamento muchas veces, va unida a nuestros comentarios.

Las leyes, dictadas por los poderes constituídos, hemos de considerarlas como las normas más eficaces para la solución de los problemas que la vida plantea a diario.

Nuestra misión es acatarlas y obedecerlas haciendo que la práctica de las mismas surta los efectos deseados por los que gobiernan los pueblos, a fin de que beneficien a la colectividad, pues aisladamente el individuo no puede ver los problemas como los pueden ver los dirigentes de las naciones.

Hagamos todo lo preciso porque las leyes sean justas, llevando a los altos puestos de la nación, hombres justos y honrados; pero la sumisión a las leyes es algo tan esencial a la vida de los pueblos que sin esa obediencia ciega a los mandatos dictados por los hombres que gobiernan sería imposible la vida social.

Sócrates, el gran filósofo, recomendaba a sus discípulos la obediencia ciega a las leyes aunque éstas fuesen injustas, para que los hombres perversos, con éste ejemplo, obedeciesen todas las leyes, con lo cual se beneficiaría la sociedad.

El católico, tiene a este respecto un sólo límite, y es la obediencia a todas las leyes, con excepción de aquellas que sean contrarias a las normas establecidas por Dios o por la Santa Madre Iglesia. Sólo en ese caso la no obediencia está justificada; pero en todas aquellas cosas que sólo afectan a la organización de los pueblos, el hombre religioso no debe de ser obstáculo y debe de acatarlas, como acataron las leyes dictadas por los invasores romanos, los padres de Jesús de Nazaret, en cuantas ocasiones fué necesario.

Por eso el hombre católico, como tal, vive dentro de los distintos regímenes que los tiempos van estableciendo, siempre que un régimen de libertad le permita la práctica de sus deberes religiosos y no ofendan, con leyes injustas, sus sagrados sentimientos.

Y María y José, lo mismo que cuando hubieron de ir a Jerusalén a empadronarse cumpliendo el mandato del Emperador romano, que cuando hubieron de someterse a la Circuncisión, se sometieron también voluntariamente al acto de la presentación en el Templo y de la purificación de la madre de todo un Dios... que estaba libre de pecado.

R.

**Solución al Crucigrama núm. 33, por Morán:**

- HORIZONTALES.—1. Teutónico.—2. Ardes. Osuna. 3. Quid. 1. Leal.—4. Uclés. Salga.—5. lo. Tunas. Ab.—6. S. N. Roe. R. A.—7. Ge. Uveas. SS.—8. Ritmo. Toreo.—9. Abab. I. Raes. 10. Narra. Cairo.—11. Raigambre. VERTICALES.—A. Aquisgran.—B. Truco. Eibar.—C. Edil. N. Tara.—D. Tedeu. Umbri.—E. TS. Suevo. AG.—F. O. I. Noé. I. A.—G. No. Sarao. CM.—H. Islas. Bases.—I. Cual. R. Reir.—J. Onega. Soaré.—K. Alabastro.

**Profecía de Simeón**

Avanza la procesión de candelas por el centro del templo, con paz y unción, cuando le sale al encuentro el anciano Simeón.

Tiemblan sus manos, sus ojos que apenas ven claridad, lloran lágrimas de paz; se postra luego de hinojos y canta con ansiedad:

«Has cumplido en mí, Señor, ya la solemne promesa de tu inestimable amor, ¡Libra a mi alma que está presa en mi cuerpo pecador!

Porque ya mis ojos vieron al Salvador enviado, y viejo ya y arruinado, mis ojos te conocieron cuando llegaste a mi lado.

Señor, El será la luz que ha de cegar a Luzbel con su doctrina y virtud, y ha de alumbrar a Israel desde lo alto de la Cruz».

Calló su voz. Repetía, retumbando en el salón el eco la profecía, y silenciosa seguía la solemne procesión.

Hermenegildo RODRIGUEZ

**Hombres de presa**

Existen en todas las situaciones, unas veces los vemos arrastrarse mendigando para que les perdonen la vida, en sangrienta revolución, sin que sean santos ideales los que les llevaron ante el pelotón de la muerte, luego los vemos adulando a sus mismos enemigos, a fin de conseguir una mejor situación en momentos apurados, renegando, si es preciso, de sagrados sentimientos.

Más tarde, sintiéndose ya seguros en su vida y sus intereses, vierten la insidia a través de una frase irónica, de una sonrisa de burla o de un chiste mordaz, con la aparente ingenuidad del gracioso profesional. Flirtea con todos en sus diversas ideologías, dando siempre la razón a los distintos pareceres de las personas con quien le conviene estar en buena relación. Calcula sus sonrisas, sus frases de aprobación o simpatía sin importarle nada el criterio propio o la injusta burla. Otras veces, especula con el hambre de todo un pueblo, burlando todas las leyes divinas y humanas, a fin de conseguir un lucro por inmoral que sea.

Se encastilla en puestos importantes, busca la amistad de los débiles, de los necesitados y de los cobardes, que ocupando cargos importantes puedan servirle a él para su enriquecimiento. No le faltarán palabras para justificar los medios de ganarse algunos millones por escandalosos que sean. Su personalidad, a veces, le pone a cubierto de las sanciones legales, y no faltará la víctima anónima que pague con la cárcel, si es preciso, el tráfico inmoral que organizó su perversa conciencia de «hombre de presa».

Todos los medios son buenos para enriquecerse. Sabrá presentarse en sociedad, cubierto con un nombre ilustre o glorioso, para el mejor éxito de sus fabulosos negocios. No le faltarán colaboradores que le gestionen la labor peligrosa. El, no figurará ostensiblemente en los «negocios escandalosos», se perjudicaría el buen nombre de una familia, de un apellido, o de una determinada posición social. Cuenta con esas circunstancias para que si alguna vez queda al descubierto su juego las autoridades cubran su nombre y encaucen la persecución sobre el anónimo colaborador de sus «negocios».

Si es preciso, ayudará a los enemigos de su patria, a fin de cobrarse espléndidamente en una ocasión futura. No repara en medios para enriquecerse, es «hombre de presa» y sus ideales son vivir bien, ser muy rico, aun a costa del hambre de todo un pueblo.

No es fácil descubrir a esta clase de hombres. Su posición social los oculta a la vista del público. No tienen inconveniente en demostrar una religiosidad, si es preciso, que en modo alguno son capaces de sentir. O de demostrar un patriotismo que les lleve a los altos puestos de la nación desde donde puedan mejor continuar sus negocios de rapiña.

Algunas veces, pasan sus nombres por las columnas de la prensa como estrella fugaz, luego su habilidad echa al olvido su nombre y su delito.

Su poder es inmenso, sus medios poderosos.

Quiera Dios que los buenos propósitos de quienes quieren el bien de la nación no sean ahogados por estas «aves de rapiña»... «hombres de presa».

X.

## Las lágrimas del «Buen Ladrón»

(LEYENDA ORIENTAL CRISTIANA)

Un camino largo, sinuoso y accidentado; el cielo plomizo, oscuro y amenazando lluvia; un viento frío y huracanado azota las frágiles palmeras del camino que combaten resignadas su ramaje sin oponer resistencia... y por la estrecha vereda, encharcada y desigual, avanza un hombre joven y robusto que lleva del ronzal una mansa jumenta soportando la carga preciosa de una madre que es virgen y lleva rebozado y dormido contra su seno el fruto de su maternidad milagrosa.

El viaje ha sido apresurado, transido de inquietudes y sobresaltos. Un día más y

el filo acerado de las espadas criminales de Herodes se habría cebado en las carnes rosadas del Salvador; pero el Ángel del Señor le tomó la delantera, y la obediencia pronta y ciega de los santos esposos puso por medio una noche entera de apresurado caminar siempre hacia Oriente, siguiendo los guiños de luz de una estrella misteriosa que campaba inquieta y solitaria en el cielo entenebrecido.

La pálida luz del alba les sorprende a la entrada del desierto que hay que atravesar antes de dar vista a la tierra idólatra de los Faraones. Un poco retirada del camino divisaron los santos viajeros una amplia tienda de campaña.

Había que descansar un poco, dar huele-go a la humilde cabalgadura y desentumecer los miembros ateridos de frío por el relente y la lluvia de la pasada noche. ¿Quién viviría allí? San José se acerca a solicitar cobijo. Le recibe una buena mujer, de faz ensombrecida por algún oculto sufrimiento, que acuna en sus brazos un niño blanco como una azucena del huerto sellado de Salomón. El dolor es propicio a la confianza, y así cuando la Virgen alaba la blancura del niño, la pobre madre, en vez de envanecerse por ello, se echa a llorar desconsoladamente.

—¡Pobre hijo mío; eres blanco, demasiado blanco, para ser y hacerme feliz!

Y cortando alas al disimulo hizo a sus huéspedes la terrible confianza; aquella blancura era la lepra, su hijo tan pequeñito, y ya tan desgraciado, era leproso.

La Virgen trata de consolar a la pobre mujer y le pide agua y un lebrillo para lavar al niño Jesús, que ha puesto sus ojos hermosos de inocencia y candor sobre los dormidos del niño. Y como si su luz violentase los párpados caídos, el niño dormido despierta, mira de hito en hito a su huésped y se echa a llorar ruidosamente. La madre dolorida le acuna mimosa mientras explica a San José su trágica vida. Ella es la esposa de un capitán de bandoleros, y como el Santo iniciase un gesto de asombro y sobresalto, aquélla le tranquilizó. Hoy no vendrá ni él ni sus hombres, porque el lugar de su trabajo está tierra adentro. Y luego una ingenua disculpa. Su esposo no es malo, pero es un desesperado, porque el feroz idumeo que a fuerza de villanías ha comprado a las legiones romanas unas migajas de soberanía, pagándolas con las haciendas confiscadas a muchos indefensos judíos. Una de esas víctimas es su esposo.

Entretanto que ella hace estas confianzas a San José, la Virgen María ha terminado de lavar al Niño Jesús y después de tomar un bocado y agradecer a la buena mujer su hospedaje, reanudan el viaje, no sin haber conseguido consolarla en medio de sus desgracias.

La esposa del bandolero ve partir a sus huéspedes, luego avanza por la movediza senda de arena y perderse a poco tras las dunas peligrosas que el viento de la pasada noche hizo surgir en la monótona llanada del desierto, abrasada de sed.

Sólo entonces volvió a penetrar en su tienda. Allí en medio estaba el lebrillo de agua en que la hermosa viajera había lavado a su hijito. Fué entonces cuando se iluminó su corazón de madre dolorida, con una ocurrencia feliz. Tomó al pequeño Dimas —que así se llamaba su hijo— y

vestido como estaba le sumergió una y otra vez en el agua santificada al contacto de las carnes del Salvador. Cuando, poco después, cambiaba al niño los humildes envoltorios mojados por otros secos y limpios, sus ojos saltaron de júbilo en sus órbitas dilatadas con asombro gozoso. Dimas, el niño blanco como la harina, había quedado limpio de la lepra y el candor enfermizo de su cuerpo había dado paso a una albura sonrosada y sedosa de recién nacido. Loca de alegría echó a correr la madre venturosa tras los viajeros, traspuso las dunas, llamó a grandes gritos, oteó los diversos senderos... nada, sus huéspedes bienhechores habían desaparecido.

Pasaron los años. El niño Dimas creció y ensaya sus fuerzas y su valor con infantiles hazañas en el desierto. Hácese hombre y únese a la partida de su padre. Luego, cuando éste perece en una refriega con los soldados del Pretor romano, la partida feroz y criminal que le sigue elige por capitán a su hijo Dimas. Es un joven atlético, valiente y audaz, que atemoriza a toda la comarca con sus fechorías y busca con especial regusto el choque sangriento con los legionarios romanos. Con todo, a pesar de su vida de forajido, lleva en sí algo de la bondad nativa de su madre, y en repetidas ocasiones ha aliviado las necesidades de los menesterosos con el fruto de sus rapiñas. Pero el Gobernador romano ha puesto precio a su cabeza y no tarda en caer preso y ser conducido estrechamente amarrado a Jerusalén. A la vista de sus crímenes es condenado a muerte de cruz y fijada su ejecución para la luna de Nisán.

En efecto, ese día es conducido al patíbulo y clavado en una cruz con otro criminal de su banda y el célebre Rabí de Nazareth, que tanto ruido ha hecho en Palestina con sus milagros y públicas disputas con los Escribas y Sacerdotes.

Crucificado allí junto a Jesús y excitado sin duda por la fiebre del suplicio, más que por perversidad nativa, él también hace coro con su compañero y la turba encanallada que cubren de injurias e improperios a aquel Rabí misterioso, que oye sin alterarse las mayores villanías que jamás salieron de boca humana.

—¿No decías que eres Hijo de Dios?, le escupe una boca de víbora, pues baja de la cruz y creemos en ti.

—Sí, es verdad; dice convulso y desesperado de dolor el pobre Dimas, si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros de tan espantosos tormentos. Y vuelve hacia Jesús sus ojos inyectados en sangre, a ver qué contesta.

Pero Jesús calla. Se limita a alzar sus ojos entristecidos y fijarlos en actitud mansa y silenciosa sobre los del bandido que le insulta. Este sostiene la mirada del Redentor, pero poco a poco se abate vencida en actitud conmovida por el arrepentimiento y comienza a llorar. La gracia del Salvador moribundo inunda de luz el alma atormentada del ladrón. Ahora le parece reconocer aquella mirada. Treinta años atrás la luminosidad de aquellos ojos divinos le había hecho alzar los párpados caídos y llorar estrepitosamente. Hoy esa misma mirada se los hace plegar y resuelve su dureza en lágrimas serenas de arre-

pentimiento. Antaño, el agua en que se lavara Jesús-Niño ablandó las blancas escamas de su lepra física; hogaño, la sangre redentora de Jesús-Víctima ablanda las de otra lepra espiritual más repugnante y horrible que desfigura su alma. Ya son de gozo y confianza sus lágrimas. Levanta otra vez su cabeza y al encontrarse con la del Salvador que le sigue mirando, exclama conmovido:

—¡Señor!, ¡acuérdate de mi cuando hayas entrado en tu reino!

—Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso!

Fr. Cirilo de S. José, O. C. D.

Comentando

## La responsabilidad

Es un tema muy sugestivo este de la Responsabilidad. Dicho así, como quien no quiere la cosa, parece que no tiene importancia, pero cuando a uno se lo dicen poco más o menos así: ¡Usted tiene la responsabilidad de lo que pase!, ya cambia el asunto, y lo oímos con cara seria, gesto asustado y bailarines por dentro de nuestra conciencia. Y es que casi siempre que

se nos dicen esas o parecidas frases, se trata de asuntos que por nuestra cuenta, aunque sean de los demás, hemos de realizar o solucionar, y de los que depende algo gordo.

Tememos la responsabilidad en todo, y muchas veces, ese miedo no es debido a timoratería asustadiza de damisela lánguida, ni a convicción de nuestra ineptitud, sino por suciedad más o menos marcada en nuestras conciencias. Dudamos de nosotros mismos, de nuestras fuerzas y de nuestras buenas intenciones. Parece como si nos pusiésemos enfrente de nosotros mismos y nos viésemos como a extraños llenos de recelo. Nuestras razones tendremos para tratarnos así. Desde luego, al dudar de nuestra buena intención, declaramos abiertamente que no nos fiamos de nuestra honradez, que tildamos continuamente de acrisolada delante de los demás, quizás para hacernos el artículo, pero que en realidad, como el comerciante

con sus géneros, sabemos que no es tanto ni para tanto.

La claridad me hace hablar en contra de todos, amigos y enemigos, y, acaso, en contra de mí mismo. No señalo a nadie en particular, porque de sobra sé que gracias a Dios, por este mundo redondo, pero que parece picudo, hay alguna que otra persona que nunca tuvo miedo a la responsabilidad. Los altares están llenos de estos seres privilegiados, pero pocos son los que hacen, en la actualidad, oposiciones a ellos. ¿Por qué? Porque temen a la responsabilidad. A su responsabilidad. Piensan en que Dios es misericordioso, pero temen a que en su Justicia les exija responsabilidades atroces. ¡Y esto los que son buenos y santos! ¿Qué haremos los demás? Yo creo que lo que mejor haríamos, era imitarles. Con esto, veríamos montañas de mal en los más insignificantes deslices, y haríamos todo lo posible por evitar estas acciones.

Con nuestra conducta así ordenada, desaparecería el miedo a la responsabilidad de nuestros actos, y desaparecería también todo lo que condenan los Mandamientos de la Ley de Dios. ¡Qué tranquilidad tan grande la de nuestras conciencias, y qué modo más admirable de gozar de la vida con completa felicidad!

Nadie tendría miedo a la responsabilidad de los actos no ejecutados, y desaparecería el estraperlo y el robo, el crimen y el incendio, y toda la lacra que a costas llevamos por este mundo redondo que más bien parece picudo.

HERO.



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

**José Romero Tena e Hijo**

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6  
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

## Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones

**RUPERTO RIVERO MORAN**

Covadonga, 27 - Teléfono 1817 - GIJON

## PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa  
Sellos de caucho  
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

## Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

## VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

## AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

## MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

## JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

### Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

## ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

# CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

**CASA INFANTIL COVADONGA**

Pola de Gordón (León)